

GRAN BRETAÑA ENTRE WONDERLAND Y EL NUNCA PASA NADA

PARA alguien que no sepa qué son unas elecciones democráticas puede resultar interesante vivirlas desde dentro, seguir eso tan extraño y aun irreal que llaman democracia. Algunas veces, con suerte, puede resultar no sólo interesante, sino también apasionante. Las elecciones inglesas de 1974 despertaron en mí más interés que pasión, más intriga que fascinación.

Desde que el día 7 de febrero Heath convocara elecciones de urgencia, hablé con gente de todo tipo, he seguido al dedillo casi los espacios electorales en la televisión inglesa, he leído periódicos de toda filiación —o de ninguna— y he asistido incluso a algunas reuniones políticas. La impresión general es de que se ha agudizado el desgaste del proceso democrático tradicional. Las elecciones se han vivido con una cierta abulia y, sobre todo, una gran desconfianza por parte de la mayoría silenciosa, que cree que el auténtico poder está tras la cortina. Una chica muy joven me explicaba que para ella cualquier clase de gobierno no es más que una fachada burocrática que engaña al pueblo y a sí mismo. Desde la laborista hasta la médula que me decía que la actual vida política inglesa le produce entre asco y pena —y añadía que Heath es un fantoche y que por lo menos Macmillan era un auténtico «señor» y que Wilson no tiene ningún atractivo—, hasta el «hippy» que me confesó que se estaba muy mal en Inglaterra con tanta huelga, pasando por la estudiante que piensa votar conservador, aunque ya sabe que «es muy triste votar por los conservadores a los veinte años»; el profesor que votará por los laboristas, aunque cree que Wilson es un perfecto cínico; el obrero galés que votará también por los laboristas, pero sin esperanza de cambio; el trabajador de los Midlands, que lo hará por los conservadores porque «Heath nos ha metido en este lío y merece regresar a él para que lo apañe todo o se hunda de una vez»; la señora aburrida de la «middle class» que está por los liberales porque «son más socialistas que los del Labour Party» (sic) y que cree que estas elecciones son mucho más fascinantes que sus clases de yoga; el paquistaní que votará por los *tories* porque Heath es honesto al decir que hace falta un gobierno fuerte; el indio que piensa votar por el gobierno que concedió la independencia a su país; el antillano que exclama, sumiso, «yo haré lo que sea bueno para la nación» (aunque no sea bueno para él vivir en los ghettos en que vive); el obrero

viejo que cree que los conservadores «por lo menos cumplen sus promesas»; la mujer de la limpieza que no ha votado en su vida, pero que este año sí lo hará, y también por los *tories*; el estudiante que se va a dormir laborista, sueña liberal y se despierta conservador; los que votan por tradición, los que no votan porque están hartos, los que votan liberal porque no les gustan ni los laboristas ni los conservadores, pero que no saben explicar qué defienden y a quién protegen los liberales; los que tienen miedo de un gobierno laborista porque sería un gobierno de los Trade Unions; los que quieren que Inglaterra sea una isla y votan laboristas porque se ha replanteado la cuestión del Mercado Común; los que creen que Inglaterra no es una isla y no saben, entonces, a quién votar; los que saben mucho, los que saben poco, los trosquistas que votan Labour, pero que sólo confían en «las batallas de la clase obrera»; el estudiante con cara de haber pasado por Eton y que intenta convencer a las mujeres de la limpieza de la Universidad para que voten por los laboristas; todos, me parece, tienen el profundo convencimiento de que, gane quien gane, su vida personal poco va a cambiar. «Gane quien gane, los precios van a subir hasta el cielo», decía «The Sun», el periódico más leído por la clase obrera, conocido por su afición a la sangre, los niños abandonados, el deporte y las mujeres en bikini. Y añadía: «The Sun» sólo confía en sí mismo; hágalo también usted».

Heath ya llevaba tiempo espolando un clima de malestar, producido por la inflación y acrecentado por la crisis de la energía y por la huelga de los mineros. Lo más fácil era canalizar el descontento hacia la huelga minera. La sociedad del bienestar se terminaba, pero los causantes estaban a un paso: esos obreros que «exigen más de lo que el país les puede dar», como me decía un estudiante que su padre tuvo minas en el Perú. Hacia falta fabricar demonios para encubrir una crisis más profunda. Los mineros —aunque todo el mundo en Gran Bretaña te reconoce que su trabajo es horrible— fueron la cabeza de turco. Pero los mineros no hicieron nunca una huelga total, sino de horas extras (*overtime*). Una divertida polémica sobre que había un rojo bajo todas las camas (*a red under the bed*) hizo correr ríos de tinta a los periódicos de todas las tendencias. Como la vieja que siempre sospecha que hay un ladrón bajo su cama, así los derechistas empeza-



ron a «descubrir» que Gran Bretaña adquiría un peligroso tono rojizo. Todo empezó, más o menos, cuando el comunista vicepresidente del NUM, McGahey, dijo que si se requería a las tropas para que intervinieran en la cuestión minera, él les hablaría, porque no los considera masas reaccionarias; «hay muchos que son hijos de la clase obrera o hijos de mineros». Ello provocó airadas protestas, fulminantes anatemas. Incluso del presidente del NUM, Gormley, y de miembros del gabinete laborista, como Callaghan, que dijo que «ningún partido político puede exhortar a las tropas a desobedecer las leyes» y que «no se puede mezclar la política con cuestiones sindicales». Con la política habían topado, hacía falta *de s h a c e r* el entuerto. Inmediatamente, el ultraconservador «Daily Telegraph» empezó a publicar listas enteras de marxistas infiltrados en los Trade Unions. Resultó que estaban infestados de trotskistas, comunistas stalinistas, comunistas marxistas leninistas, etcétera, etcétera. Coroneles retirados enviaron cartas al «The Times» alegando que lo mejor, para reinstaurar el orden, era reclamar

la ayuda del ejército. Y añadían que «ellos» estaban dispuestos al primer son para la batalla. Un brigadier escribió que «si existe algún hecho violento que distorsione la situación de tal manera que ni la policía ni el poder legal puedan actuar... habría que llamar al ejército para que reinstaure el orden». Todo ello no es de extrañar, cuando el propio Heath había dicho en octubre de 1970 ante las Naciones Unidas que «el peligro más grave con el que tendremos que enfrentarnos durante los setenta no serán las guerras entre naciones, sino las posibles guerras civiles». Heath ha sido acusado por Wilson de provocar en la Inglaterra actual un clima de preguerra civil. Healey, presidente del «shadow cabinet», dijo que el primer ministro británico había fomentado el odio contra los trabajadores, de igual manera que se fomentó en los siniestros años treinta y como hoy se hace en Sudáfrica contra el negro. No hace falta llegar a estas comparaciones más o menos barrocas para discernir hasta qué punto se ha intentado extender la incompreensión popular ante el problema minero. Un joven dependiente expulsó airadamente a



Heath ya llevaba tiempo espoleando un clima de malestar, producido por la inflación y acrecentado por la crisis de la energía y las huelgas. Los estudiantes ingleses, por su parte, más pacíficos habitualmente que los franceses o italianos, también se han manifestado estos días en apoyo de los mineros, pero, sobre todo, a favor de un aumento de la cantidad que reciben como beca estatal.

Montserrat Roig

un minero que había entrado a comprar en su tienda. Veía en él al causante de su semana laboral de tres días. En Inglaterra tienen los malos espíritus, que son los diablos, y al hombre del saco, que es McGahey, un comunista que siempre ha dicho que sólo cree en la toma del poder a través de las urnas. El color rojo se ha extendido peligrosamente, como las siete plagas de Egipto; llegó incluso hasta el rey Faisal, que, incordiado por los conservadores, pensó en enviar más petróleo a Inglaterra ante el miedo de una posible victoria laborista.

Hablar de crisis en Inglaterra no es nada nuevo. Una conciencia más o menos presente de una sociedad que se resquebraja lentamente existe entre los más críticos. Los nostálgicos del imperio perdido, los que se avergüenzan ante una Gran Bretaña débil, los escépticos, los relativistas, los orientalistas más o menos domésticos, los que se drogan, las amas de casa, los que se emborrachan de cerveza negra irlandesa cada viernes por la noche, el indio nacido en Kenya que odia visceralmente a los ingleses y está contento por su decadencia, todo el mundo te habla de crisis en Gran Bretaña. Una estudiante escribía en un ensayo sobre la decadencia en Inglaterra, que «hace treinta años Gran Bretaña se consideraba como un país poderoso y libre porque acababa de vencer a los alemanes...; ahora ya no existe este sentimiento de orgullo nacional que motivaba el trabajo y el amor fraternal». Algunas de las cartas que se envían al «The Times» (pulso de cierto pensamiento del país) advierten que la decadencia inglesa ya hace cien años que dura y que hay que buscar sus raíces en las estructuras de las instituciones y, en general, en «el modo de ser in-

glés». Un sudanés me recordaba que el imperio lo habían hecho en Uganda, en Nueva Zelanda, en Kenya, en Sudán, que lo habían hecho ellos, los indios, los negros, los paquistaníes, lo habían construido ellos con su trabajo y a base de enviar sus prodigiosas riquezas naturales a la distante, altiva y civilizada Inglaterra. Hay quien hace literatura con la decadencia inglesa, otros hacen metafísica y lo plantean en términos más absolutos: crisis de Gran Bretaña, crisis del hombre en general. No nos tiene que extrañar, ante el derrumbe de una civilización sin «ideas», la popularidad de personajes histriónicos y pintorescos como el Guru Maraha, Jr., famoso en muchos rincones de Inglaterra. Pero también hay quien tiene la cabeza bien sentada y se olvida de las crisis metafísicas para recordarte cosas más inmediatas, como que la crisis se nota en que los precios han aumentado escandalosamente, como las rentas de las casas y los alimentos, cincuenta peniques desde 1970; que los jubilados tienen que subsistir muchas veces con siete libras y media a la semana («somos demasiado viejos para trabajar y demasiado jóvenes para morir», me decía uno de ellos), y te recuerdan cuestiones tan prosaicas como que el déficit de la balanza de pagos es de 33 millones de libras en 1973. Según Harold Wilson, el déficit más grave desde tiempos de Isabel I. Otros no van tan lejos y se detienen en 1945. Muchos ingleses te dicen así que llegas que no hay pobres-pobres en Inglaterra. Y quizá es cierto. Sobre todo pensando en el país del cual llegas. Pero también en Gran Bretaña hay niños aún sin escolarizar, madres solteras o esposas divorciadas que lo pasan realmente mal para subsistir, viejos que todos los inviernos perecen de frío

porque no tienen con qué calentarse. Yo he visto casas miserables, barrios decrepitos que se hundían poco a poco, paredes negras llenas de fisuras, de hendiduras, he visto gente viviendo en barracones «provisionales» desde 1945, he visto viejas emborracharse para olvidar su miseria. Hay ahora, a causa de la semana de tres días, más de dos millones de trabajadores parados y un millón de trabajadores que sólo encuentran trabajo eventualmente. Y que no me digan que eso no es problema de Inglaterra gracias al subsidio de paro. Los precios han subido increíblemente, y vivir también es difícil en Inglaterra. Para ello no hace falta que los laboristas hagan demasiada demagogia ni intenten convencer a las amas de casa. Mientras, los beneficios de los grandes bancos fueron de 130 millones (Lloyds), 189 millones (National Westminster), 200 millones (Barclay), junto con 311 millones que se llevó el ICI (Imperial Chemical Industries) y 1.369 millones para cuatro compañías de petróleo (BP, Shell, Esso y Burmah Oil). Algunas de estas grandes industrias dan importantes donaciones al partido conservador. Pero si era fácil para Heath jalar las dormidas masas silenciosas contra los mineros, siempre vanguardia de la clase obrera británica, ahora parece que le ha salido el tiro por la culata. Los expertos de la comisión que tiene que decidir si las reivindicaciones de los mineros, frente a otros sueldos equiparables, son justas o no, acaban de confesar que parece haber un «error aparente» en sus cálculos. Resulta que se olvidaron de confrontar los sueldos con las vacaciones de los demás trabajadores y posiblemente los mineros aún tendrían que cobrar más de lo «aparentemente justo». Y es aquí don-

de entramos en el País de las Maravillas. Si los mineros tenían razón, no eran antipatrióticos. ¿A qué viene, entonces, convocar elecciones de urgencia? «Mister Heath quiere tener toda la fuerza —me dicen mis amigos ingleses— para poder actuar con las manos libres y el beneplácito de la opinión pública».

Poco a poco, una se va dando cuenta de que no es tan fácil intentar comprender un país tan complejo como Gran Bretaña. En el observador latino hay, al principio, una combinación de sorpresa, rabia y admiración. Sorpresa, porque no se acaban de entender los límites de la libertad de prensa, límites que llevan a un «mea culpa» público por parte de la comisión que tenía que decidir la razón de las reivindicaciones de los mineros; rabia, por la indiferencia con que muchos sectores de la población, sobre todo los jóvenes universitarios, responden al hecho de las elecciones; admiración, porque, a pesar de todo, Gran Bretaña utiliza, con una mezcla de ironía, sabiduría y ciencia, los límites de su libertad de expresión. Con el paso de los días —durante la campaña de las elecciones— empezaron los enfados dentro de las dos grandes familias. Cuando Edward Heath convocara elecciones de urgencia, Enoch Powell, sumo sacerdote de la oposición dentro de los *tories*, dijo que el primer ministro era un solemne irresponsable, y que él dimitía, herido en su honor, de su constitución. Otros conservadores han acusado a Heath de «la más grande traición que nunca se había infligido en la nuestra ya larga y orgullosa historia». A los laboristas tampoco les hizo gracia la convocatoria de las elecciones. Habían perdido prestigio a causa de las huelgas de los mineros (una señora de la *middle class* me dijo que en España sí que vivíamos bien, sin tanta huelga), y durante los primeros días apareció un Wilson cansado, con ojeras, con la voz nasal aún más acentuada, profundamente irritado y disparando a diestro y siniestro sin mucha gracia. Llegó a decir que los comunistas eran, al fin y al cabo, lo mismo que los conservadores. Que los extremos se tocan y que el hombre del saco, McGahey, no era más que un producto de Heath.

Así las cosas, la batalla electoral iba avanzando. Los conservadores tienen manchas negras en su haber que los ha hecho algo impopulares, como la abolición de la leche gratuita en las escuelas, el aumento de precio de las comidas escolares del mediodía y, entre los trabajadores, la introducción de la Industrial Relations Bill, con la intención de controlar las huelgas desde el gobierno. Han tenido que enfrentarse con la radicalización del problema irlandés, que ha extendido su área de acción; con las dos grandes huelgas, de los mineros y de los «dockers»; el descontento, aún tenue, de los nacionalistas galeses y escoceses ante el incumplimiento de las promesas por parte de Heath, y con los ▶

GRAN BRETAÑA ENTRE WONDERLAND Y EL NUNCA PASA NADA

resultados, no muy claros para la mayoría silenciosa, de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común. Los laboristas, que nunca están tan a la izquierda ni son tan combativos como cuando luchan en la oposición, se han encontrado durante esta campaña con el dilema de crear un equilibrio de argumentos para convencer a los izquierdistas, muy suspicaces, y los moderados, molestos por tanta nacionalización prometida. Pasan de halagar a unos prometiéndoles el oro y el moro y a otros a base de un eclecticismo dialéctico que lleva a confesar a Harold Wilson, justo un día antes de las elecciones, que «él es un moderado antes que otra cosa». La propuesta laborista sobre el replanteamiento de la entrada inglesa en el Mercado Común a base de preguntar la opinión al pueblo inglés, ha provocado que un personaje tan singular, mezcla de poeta retórico, coronel retirado y héroe de las antiguas batallas en la India, el señor Enoch Powell, dijera públicamente que piensa votar por el Labour Party, aunque afirme inmediatamente que «él ha nacido tory y tory morirá».

Durante estos días, la lucha verbal entre los tres partidos en liza fue decreciendo. Los tres empezaron prometiendo y acabaron atacándose. Pero los ataques se referían casi siempre a lo dicho por el contrincante el día anterior. Una, quizá ingenuamente, esperaba oír incendiarias alocuciones, esperaba ver la lucha trasladada a la gente de la calle, en los pubs; esperaba presenciar bofetadas dialécticas entre los varios grupos. Nada de ello: sólo carteles en las paredes, insignias en las solapas de las americanas, letreros en los coches. En todos, un austero «Vote Labour», «Vote Liberal», «Vote Conservative» y el nombre del candidato en letras más pequeñas. Las elecciones inglesas son más serias que las americanas (el partido conservador ha gastado un millón de libras esterlinas en la campaña, mientras que en los Estados Unidos se gastarían doce veces más) y, afortunadamente, menos superficiales e histéricas. Ahora bien, esta escasa animación popular quizá es debida a que los dos grandes partidos que están en la contienda no representan, en valores absolutos, las aspiraciones, los deseos, los intereses, las esperanzas del pueblo inglés. En otras palabras: no es una lucha totalmente identificada con la lucha de clases, aunque un obrero inglés, orgulloso de ser el pionero en la historia de la revolución industrial, vote siempre Labour Party porque es el «partido de los trabajadores», y el capitalista, temeroso de que los Trade Unions aumenten su poder, vote siempre conservador. Todo es más complejo en Gran Bretaña. Porque, además, hay los inefables y graciosos liberales, que una no sabe bien a qué clase corresponden ni qué intereses defienden.

Pocas señales de violencia en estas elecciones: un candidato liberal fue arrojado por dos desconocidos a un pozo de 25 pies

en Aberfan. Estudiantes de Oxford gritan «siege heil» mientras lanzan octavillas y hacen el saludo nazi a lord Whitelaw; hay puñetazos, bofetadas, bombas, sangre en Irlanda (¡Irlanda queda tan lejos!), Heath es fuertemente abucheado en algunas ciudades y se irrita ostensiblemente cuando ve que los cámaras de la BBC lo filman; algunos estudiantes ocupan Colleges en Oxford, Kent y Essex. En Oxford son violentamente expulsados por la policía, después de haber sido requerida por el personal de la Universidad. Pero con los estudiantes ingleses la sangre no llega aún al río, como en Francia e Italia. Ahora están más preocupados por la celebración de su Rag, semana que dedican a recoger fondos a base de un sinfín de diversiones que en España se hacen cuando se tienen diez años. Esos fondos son destinados a fines benéficos. Pero unos cuantos miles de universitarios, dicen que el número mayor en toda la historia, se manifestaron en Londres contra el gobierno de los *tories*, en apoyo de los mineros y, sobre todo, para el aumento de la cantidad que reciben como beca estatal. Mientras otros estudiantes luchan en la calle para no tener que pagar tanto, o para una enseñanza gratuita, los estudiantes ingleses lo hacen para cobrar más. A pesar de esas estridencias aquí y allá del país, el tono de esas elecciones ha sido «amable», «simpático», a base de prometer más dinero a los jubilados, detener la inflación, controlar las rentas de las casas, etcétera. La cuestión importante son las supuestas nacionalizaciones del supuesto petróleo del Eldorado-Mar del Norte y el Mercado Común. Heath ha aparecido frecuentemente sonriendo entre viejecitas inglesas con guantes y sombrero, de piel arrugada, pero bien alimentadas. Dicen que Heath posee un irresistible atractivo para las mujeres, y que eso podía hacer perder votos a los laboristas. Heath sonríe mientras bebe el tradicional «sherry» y toma emparedados fríos, que dice que le gustan mucho. Jeremy Thorpe tiene un aire de *showman* de los años cincuenta y su aspecto es deportivo, jovial. Un día apareció en las primeras páginas de todos los periódicos saltando una valla y con la pierna derecha completamente hacia arriba. Harold Wilson tiene más miedo al ridículo, su aspecto siempre ha sido más grave, menos familiar. Alguna vez salía en la BBC charlando en su coche con su chófer, pero la situación adquiría un aspecto demasiado rígido. Los tres líderes han paseado toda Inglaterra, calles y calles, supermercados, grandes almacenes, tiendas. Han dado efusivos apretones de manos, han lanzado bromitas, muchas veces sin gracia alguna, a las amas de casa; han dejado a menudo a la gente con la palabra en la boca, sobre todo Heath; han sonreído,

han dedicado autógrafos, han dicho que no a los autógrafos, han mirado alguna vez, casi imperceptiblemente, al vacío. En 1970, Heath no quiso usar mucho de las cámaras de televisión. Ahora ha sido lo contrario, pero casi no se sabía hasta el último momento a dónde iba, y era realmente difícil entrar en sus mitines. Siempre bien vestido, traje oscuro, pañuelo blanco en el bolsillo izquierdo exterior. Edward Heath contestaba tranquilamente a las preguntas del locutor de televisión, por impertinentes que parecieran, y sólo dejaba de sonreír cuando arremetía contra «los extremistas que quieren demoler la democracia del país». Entonces fruncía considerablemente el labio superior. Heath no es un noble, como lo son Macmillan y muchos de los ministros de su gabinete, y tampoco estudió en Eton. Fue al mismo College en Oxford, Balliol, que los laboristas Roy Jenkins, hijo de un minero, y Denis Healey, entonces comunista. Y escogió el College Balliol «porque allí se trabajaba duro».

Mientras Harold Wilson no ha abandonado nunca su pipa ni su actitud circunspecta, Thorpe, el líder liberal, no ha dejado nunca de sonreír. Es posible que él personalmente se lleve muchos votos, porque dicen que tiene una irresistible personalidad, con su trinchera blanca y el sombrero echado hacia atrás, como Humphrey Bogart en *Casablanca*. Una mujer dijo que le votaría porque era muy «moderno» y «simpático». Se ha presentado como «el tercer hombre», y su lema era: «Thorpe, the man».

La propaganda de los partidos ha sido, a menudo, de ataque. Los conservadores han intensificado los miedos apocalípticos de la mayoría silenciosa a base de explotar el truco del peligro rojo. Un grupo de industriales importantes del país, que se escudan bajo la firma *Aims of Industry*, y que está probado que financian al partido conservador (1), ha pagado grandes anuncios contra la política de nacionalizaciones de los laboristas y contra los extremistas que actúan en los Trade Unions. Su anuncio favorito trata de un Stalin pavoroso sacándose la máscara de bufón: «Todo está lleno de pequeños Stalins que quieren el poder». Otros anuncios que han salido a toda página en los grandes periódicos ingleses, menos en «The Sun», que se negó a colaborar, hablan de espías soviéticos y citan frases del hombre del saco, McGahey, fuera de su contexto: «La única razón por la que los Trade Unions iríamos a Downing Street es con una orden de embargo». Para los grandes industriales del país, la única manera de asustar los votos populares no es atacando directamente el Labour Party, sino a través del partido comunista, que, paradójicamente,

no ha conseguido los cincuenta candidatos necesarios para poder llevar la lucha electoral a la televisión, mientras que los del National Front, fascistas, han conseguido cincuenta y cuatro. Los miembros del National Front postulan por una organización, racional, aunque «humana», expulsión de todos los emigrantes llegados al país después de 1948, y también prometen el aumento de las pensiones de los jubilados; naturalmente, de los jubilados blancos. Aunque es difícil imaginarnos una Inglaterra fascista —por lo menos a la manera tradicional—, empiezan a surgir ciertas formas de nacionalismo y racismo en posición de defensiva. En Brighton, jóvenes obreros se manifestaron por las calles con pancartas que exigían «una Gran Bretaña para los británicos», y destrozaron completamente una librería de tendencias marxistas. En las elecciones municipales de Tottenham, el Labour Party ganó, por muy pocos votos de diferencia, al grupo neofascista National Independence Party. El National Front está formado, en parte, por coroneles y generales fuera de servicio. La propaganda ha variado según el partido en liza: los *tories* se han presentado a menudo como defensores del interés nacional. Esa idea de que representan el conjunto de la nación ya viene de lejos, y cuentan de una dama que, cenando en el Savoy Hotel, en las elecciones de 1945, cuando ganaron los laboristas, se exclamaba sorprendida de que el pueblo inglés hubiera cometido tan grave y «antipatriótico» error. La pregunta que se hacían en *New Statesman*, semanario crítico y de conocida solvencia intelectual, era: «¿A quién realmente pertenece la nación?». Los laboristas, por el contrario, han presentado más cifras, han denunciado más, aunque las alocuciones de Harold parecían irritadas y débiles. Y luego, los liberales. Si los conservadores creen representar al país en su conjunto, y los laboristas a la «working class» —quizá no tanto en su conjunto—, los liberales dicen que ellos son la voz de este magma ambiguo, indistinto, al que llaman mayoría silenciosa. Una estudiante inglesa me dijo una vez que si algo le dejaba indiferente en Gran Bretaña eran los liberales y los Testigos de Jehová. Los liberales se presentan como la última carta a jugar: y en la BBC se ha notado una creciente tendencia de simpatía hacia ellos. Ellos son la reconciliación, dicen, en una Inglaterra desunida. Desde 1929, esta es la vez que más candidatos han presentado, con candidatos que surgen de los profesionales, enseñantes y de la «joven y dinámica clase media».

Ha habido, en estas elecciones, personajes de todo tipo. Desde Vanessa Redgrave, algo pálida, que se ha presentado como candidata por el WRP (Workers Revolutionary Party), trotskista, y que confiesa candidamente que pertenece a este grupo «porque estaba harta de los políticos

(1) Sampson, Anthony: *The New Anatomy of Britain* (Hodder and Stoughton, 1971).



Harold Wilson ha tenido que confesar, justo un día antes de las elecciones, que «él es un moderado antes que otra cosa». En la foto, el «premier» británico con su esposa, junto al palacio de Westminster.

que protestaban», hasta Anthony Wedgwood Benn, que ha llevado a cabo incendiarios mítines en su distrito de Bristol, demostrando que el 84 por 100 de la riqueza nacional está repartido entre el siete por ciento de la población, para dar más tarde una grandiosa fiesta en su lujosa mansión de las afueras a fin de celebrar el aniversario de su hija. Anthony W. Benn pertenece al ala izquierda del Labour Party, y estudió en Westminster, quizá la escuela privada más cara de toda Inglaterra. Poca gente en Inglaterra tiene dos apellidos. Sólo los que, de una manera u otra, pertenecen a la nobleza. Hará unos dos años, Anthony W. Benn decidió renegar para siempre de sus pañales, de su cuna, de sus raíces, y pidió a los periodistas que desde entonces lo llamaran por el democrático y asequible Tony Benn. Ahora me parece que sólo los conservadores, con solidaridad de clase, le siguen llamando Anthony Wedgwood Benn.

Pero el gran personaje de estas elecciones ha sido Enoch Powell. Conservador de toda la vida, se ha enfrentado duramente con Heath, acusándolo de ser el responsable del caos económico. Cuando dimitió, a raíz de su reprobación por la convocatoria de las elecciones, hubo mucha gente que le envió cartas exhortándole a que fundara un nuevo partido. Powell habla directamente al orgullo herido de los ingleses. Tiene éxito entre los viejos trabajadores, admiradores de Churchill. Me contó una maestra de un

barrio obrero de Liverpool que sus alumnas le expresaron su tristeza por la dimisión de Enoch Powell. Se dice que es el único político con carisma entre un océano de políticos grises y sin rostro. Es un gran actor, maravilloso actor, que, con su bigotito de alférez provisional, sus ojos salientes, su hablar ampuloso, retórico, arcaico, con sus frecuentes citas a la «Providencia», mira fijamente a las cámaras sin bajar ni una sola vez los ojos. ¿Quién admira a Powell? Los descontentos de todas partes, los que se sienten débiles y no buscan la razón en la historia, los militares viejos, que sienten vergüenza ante Europa por sus flaquezas; los que tienen miedo; Enoch Powell ha sabido encontrar un sentido en aquellas vidas indecisas, sin consciencia, ha sabido desvelar su instinto de defensa, el nacionalismo subterráneo, el miedo a la inseguridad. Ha dado rienda suelta a los irracionalismos, y eso, cuando se teme a la marcha de la historia, es de agradecer. Los ricos lo admiran por su sentido del deber, del honor, de la dignidad —hay sentimientos desterrados entre una juventud que prefiere sentirse débil antes que inauténtica—, por su patriotismo. Los pobres —los que no tienen consciencia de la fuerza de su clase—, porque ha reclamado trabajo para ellos, con sus ideas de inmediata expulsión de todos los emigrantes. ¿Estamos en una situación parecida a la de la República de Weimar? No: la situación es muy diferente, Inglaterra

no ha salido de ninguna guerra, y la crisis económica no produce, por el momento, hambre, sino temor de perder el bienestar adquirido desde 1945. Los intelectuales se mofan de Enoch Powell, lo desprecian, lo caricaturizan, lo ignoran.

Enoch Powell admira a Charles de Gaulle, a Nietzsche, a Adenauer. Profesor de griego, poeta, suya es la frase: «El político cristaliza aquello que el pueblo quisiera decir, aunque el pueblo no lo sepa». Se considera a sí mismo el corazón de la nación. Un año después de que la India consiguiera su independencia, Enoch Powell pidió a Churchill que la «reconquistara». El ha contribuido a crear la mística de la revuelta conservadora, basada sobre los restos del Little Englandism y sobre sus propuestas racistas para reconstruir la nación. Un anciano jardinero me dijo no hace mucho: «Ojalá Enoch Powell fuera el primer ministro». Antes de que llegara para un mitin en Shipley, en un «hall» victoriano, decadente, los altavoces tocaron «Jerusalem», «All People that on Earth do Dwell», «Land of Hope and Glory»... En Saltaire, cerca de Bradford, tenía un mitin el mismo día que Edward Heath. A pesar de ello, llenó completamente el «hall» y muchísima gente no consiguió entrar en él. Un hombre de setenta y dos años anduvo diez kilómetros para poderle oír. Cuando Powell explicó su razón por la que pensaba votar al Labour Party, él, sangre de tory hasta la médula, alguien le gritó

«¡Judas!», y él respondió tranquilamente que no era un Judas, porque no había cobrado nada por traicionar. El realiza, añadió, un auténtico sacrificio votando a los laboristas. Enoch Powell es un hombre honorable, según el sesudo «The Times». Powell ha votado por el Labour Party porque este partido piensa renegociar la entrada en el Mercado Común. Seguramente, su posición ante la Comunidad Europea es totalmente opuesta a la de los laboristas. Powell dimitió como miembro del Parlamento porque no podía defender una política que no compartía. Si la defendiese, destruiría su moral personal. Dick Tavne, socialdemócrata disidente del Labour Party, comentó que Inglaterra estaba a punto de convertirse en un Alice's Wonderland después de ver cosas tan raras como un racista votando para un partido de la clase obrera. Añadió que si los grandes hombres del Labour Party, como Bevan y Griffiths, levantaran la cabeza de sus tumbas, se horrorizarían al ver que sus esperanzas quedaban trituradas entre las ruinas del Little Englandism, del ala más derechista de los conservadores.

Quizá sí que Inglaterra empieza a parecer un Wonderland. No sólo se trata de la extraña defecación del «honorable» Enoch Powell, sino que también las cosas no están del todo claras en la cuestión minera. Primero, en lo más álgido del enfrentamiento, un grupo de industriales «preocupados» pretenden salvar al país del desastre ofreciendo una ayuda semanal a los mineros mientras la comisión neutra no decida su caso. Los mineros dicen primero que sí, que quizá aceptarían. Lo dicen en boca de Gormley, el ala moderada del NUM. Pero mister McGahey aterriza en una asamblea, y los mineros, en una gran mayoría, rechazan el ofrecimiento. El grupo de dinámicos y jóvenes industriales está desolado por la «incomprensión» de los mineros. Luego, la comisión neutra descubre deficiencias en los cálculos, y resulta que se consideraba que los mineros ganaban más de lo que en realidad ganan. Y, poco antes de terminarse las elecciones, el secretario general del CBI (Confederación de las Industrias Británicas), organismo que defiende los intereses de los empresarios y está estrechamente vinculado al partido conservador, dice que el gobierno de Heath tendría que reconsiderar la Industrial Relations Bill, ley restrictiva de la huelga obrera y muy mal acogida por la mayoría de los Trade Unions. Pero el presidente del CBI se apresura a aclarar que las apreciaciones del secretario son absolutamente «personales». Y so on... como dicen los ingleses.

No hay nada en Inglaterra que sea un desastre. Ayer aguantamos una lluvia fina, persistente, irritante. Hoy hace sol. Sólo el tiempo varía en Gran Bretaña. Le preguntan a una mujer en Coventry qué piensa de los resultados de las elecciones: «No sé nada. Sólo sé que los precios seguirán subiendo». ■